

Semana grande

JAVIER GONZALEZ FERRARI

La marcha de las negociaciones para la investidura de Jose María Aznar y la formación de un gobierno estable se parece mucho a la liga de fútbol. Tendremos emoción hasta el último minuto, porque hasta el último minuto los nacionalistas catalanes y vascos no parecen dispuestos a dar el sí a Aznar para que se convierta en el nuevo presidente del gobierno. De momento en esta semana se deberá, de una vez, descender a la letra pequeña de los pactos. Una letra pequeña que permita un acuerdo de mínimos para que Aznar en su discurso de investidura refleje las aspiraciones de catalanes y vascos, y estos puedan, sin grandes problemas, darle su apoyo en la primera votación que, casi con toda seguridad, se retrasará hasta el día 24 de este mes.

A los populares parece haberles entrado, al fin, las prisas. Entre otras cosas porque su equipo de gobierno tendrá que ponerse con toda rapidez al arduo trabajo de elaborar los presupuestos generales de 1997 que van a ser claves para que el apoyo de CiU se consolide. Unos presupuestos restrictivos pero, a la vez, sensibles en lo tocante al estado de bienestar. Porque Aznar va a tener que tocar en su acción de gobierno muchos palillos. Contentar a los nacionalistas catalanes y vascos pero sin agraviar al resto de las comunidades, y llevar adelante la convergencia europea, el difícil camino de la moneda única, guardando el equilibrio entre los deseos de los empresarios y las aspiraciones de los sindicatos.

Las cosas siguen siendo complicadas pero la lógica de las cosas invitan a pensar que a finales de este mes o principios de mayo habrá gobierno. Un gobierno en solitario del PP apoyado puntualmente por CiU y PNV siguiendo la teoría de Xabier Arzalluz del cero al diez. La habilidad política de Aznar, sus aciertos o sus errores, marcarán el camino de una legislatura que puede ser muy corta, o lo suficientemente larga, como para que el PP se convierta en el partido hegemónico, de gobierno, para una buena temporada, o en muy poco tiempo termine dando el paso de nuevo a una mayoría del PSOE. En esta segunda opción confían los socialistas, aunque las cosas no son tan sencillas como ellos creen. Un Aznar en el poder puede ganar muchos más puntos que en la oposición. Ya lo demostró en Castilla y León y puede volver a demostrarlo en España.

Perfil nacionalista para un gobierno liberal

AGUSTIN DOMINGO MORATALLA

DESDE que el 3-M se inició la cuaresma política, dos partidos se han visto obligados a realizar algún tipo de penitencia: IU y el PP. El primero, porque se ha dado cuenta de que le ha fallado la estrategia de enfrentamiento, y el segundo porque no había previsto un triunfo tan ajustado para gobernar. Aunque la penitencia con la que ha cargado IU no es pequeña, la cruz del PP está marcada por la profesión de fe nacionalista. No se trata de una cuestión menor y la opinión pública está expectante ante el hecho de que un Gobierno marcadamente liberal tenga que demostrar en cada proyecto de ley su vocación nacionalista.

La historia de nuestros pueblos está llena de todo tipo de conversiones y parece que ahora nos encontramos ante una situación nueva: si en otras épocas los nacionalistas tenían que hacer profesión de fe estatista, son ahora los partidos de ámbito estatal quienes tienen que hacer una profesión de fe nacionalista. Ante estas conversiones cuaresmales y el temor a que el vía crucis sea largo, los nacionalistas más acendrados y los estatistas más castizos están perplejos porque, además de su respeto por la lengua de Salvador Espriu, ninguna biografía al uso había destacado el elegante catalanismo del futuro presidente Aznar.

Más preocupada por encontrar un hueco en la nueva Administración que por el futuro del partido, las huestes populares se están ajustando al nuevo dis-

curso. Son horas para la moderación, el diálogo y la serenidad, pero también para tener la mente fría y saber dónde están los límites en las negociaciones; sobre todo para no olvidar el capital político que se administra. Estas conversiones precipitadas acaban pasando su factura, aunque últimamente, para ser alguien en el PP, hay quien piensa que tienen más méritos los conversos que los cristianos viejos. En este sentido, el nuevo Gobierno liberal tendrá, al menos, tres formas de ajustarse al perfil exigido por los partidos nacionalistas.

En primer lugar, no faltarán entre los populares quienes practiquen un *nacionalismo cosmético*. Los pactos con catalanes, vascos, canarios o valencianistas forman parte de una coyuntura determinada que no exige arrinconar el hispanismo político; tan sólo son una muestra de la capacidad de adaptación, de la flexibilidad y de la habilidad de un partido que sabe estar a la altura de las circunstancias. Aunque en grupos privados y como partido tengan que seguir manteniendo reparos ante lo que hace algunas semanas se llamaba *el ambiguo discurso nacionalista*, de cara a la opinión pública hay que ofrecer una nueva imagen. Otros, por el contrario, irán ha-

ciendo memoria de las conversiones cuaresmales y estarán menos preocupados por la posibilidad de un entendimiento duradero que por el proyecto original que estos *chicos de Valladolid* tenían para toda España. Son los defensores de un *nacionalismo visceral* a los que les costará mucho creer en tanta cosmética oportunista.

Tampoco faltan quienes ven en las exigencias nacionalistas una oportunidad histórica para moderar en el partido el despotismo liberal de los economistas, los comunicólogos y los demoscópicos. Además de privatizar, desregular, maximizar, minimizar o distribuir, un partido tiene que generar algún tipo de esperanza para una ciudadanía expectante. Una ciudadanía que no entiende mucho de privatizaciones, pero que sí entiende de servicios públicos y sabe que

no todas las comunidades autónomas valoran igual la familia, la educación, los servicios sociales, la lucha contra la pobreza o la cooperación internacional.

En la medida en que el gobierno popular responda a este *nacionalismo expresivo* irá ganando puntos entre quienes todavía tienen dudas de que los populares puedan armonizar una mínima unidad política con una óptima pluralidad cultural. Para ello será preciso que el gobierno liberal no sólo corrija las perversiones heredadas, sino las convicciones individualistas.

Los problemas surgen cuando se interpretan estos proyectos como excluyentes y cuando los responsables de liderar la moderación no aplican un principio como el de solidaridad. Este principio es el que puede corregir las tentaciones tribalistas de todo nacionalismo, sobre todo cuando no es entendido como una nivelación entre los pueblos, sino como la equitativa capacitación de todos para la expresión de sus diferencias. Una capacitación no condicionada por el código genético, territorial y lingüístico, pero que exige instituciones menos partidistas, políticos más generosos y liberales más solidarios. Quizá entonces tendríamos que empezar a pensar que también el patriotismo es una virtud liberal.

Agustín Domingo Moratalla es profesor titular de Filosofía del Derecho, Moral y Política de la Universidad de Valencia.

«Será preciso que el Gobierno Liberal corrija las convicciones individualistas»

RAMON



La paliza

CARLOS PEREZ URALDE

La terrible paliza que agentes de policía de los Estados Unidos propinaron a dos inmigrantes ilegales mexicanos sin percatarse de que la tortura estaba siendo grabada por la televisión parecería un caso aislado para la adormecida mirada de la ciudadanía si no fuera por el precedente del apaleamiento inmisericorde de Rodney King, también recogido por la cámara indiscreta de un videoaficionado. Ahora, hasta el más recalcitrante defensor de la ley y el orden aplicados sin excesivos escrúpulos legales sabe que el maltrato de las minorías por parte de la policía norteamericana es habitual y, en la mayor parte de las ocasiones, queda impune.

Como va camino de quedar impune

ese plan elaborado por las autoridades estadounidenses que prevé la construcción de un muro a lo largo de la frontera con México y la negación inapelable de servicios sociales a los inmigrantes ilegales, incluida la atención sanitaria básica aunque el paria se esté muriendo o aunque la mujer fugitiva vaya a dar a luz. En cuanto al muro, déjenme precisar que no va a tratarse de un muro psicológico, legal o simbólico, sino de una empalizada en toda regla muy similar a la que separó las dos Alemanias hasta anteaer.

Afirmar que los USA son un Estado policial sería un disparate si no se añadiera a continuación el matiz de que probablemente lo sea sólo para los más desfavorecidos. Unos desfavorecidos de los que los políticos no tienen por qué preo-

cuparse, puesto que no votan: el voto en aquel país es cuestión de las clases medias y el sistema electoral es tan deliberadamente complejo -sobre todo, en lo que a la elección de presidente se refiere- que se parece mucho a aquel voto censitario de otros tiempos, cuyo ejercicio estaba limitado a los contribuyentes con rentas respetables. Los parias en los Estados Unidos no votan porque saben que su sufragio no va a servir para nada o, sencillamente, porque no se les permite votar. Para los políticos, por lo tanto, son invisibles. Como lo son para los abogados, cuyos siderales honorarios jamás podrá pagarlos un ciudadano negro o hispano, salvo si se llama O.J.Simpson.

En el caso concreto de los inmigrantes ilegales, su destino no tiene muchas

opciones: o acaba siendo explotado hasta límites inauditos sin ningún derecho laboral que le proteja y con salarios ridículos, o termina en la frontera con un puntapié en el trasero. Traduzcan la piadosa expresión anterior por palizas como las que recibieron el otro día Leticia González y su compañero de desdichas a manos de un par de agentes del orden.

Ya lo ha dejado dicho Roberto Lovato, director de la asociación de Refugiados Centroamericanos de Los Angeles, al comentar los hechos: el maltrato al que son sometidos habitualmente los afroamericanos, los inmigrantes y los pobres es una enfermedad de la que la primera potencia mundial no sabe curarse. A la vista está.